

La ciudad perdida

Por Pablo Urbanyi

“La ciudad es una gran casa y la casa es una pequeña ciudad”.

Leon Battista Alberti, arquitecto del Renacimiento.

Soy hombre de ciudad, condenado a vivir en alguna. Hace treinta años, las circunstancias (yo y los otros) me arrojaron de la que consideraba mi casa y mi mundo: Buenos Aires. El sentimiento no siempre corresponde a la verdad, pero puedo decir que con ese ostracismo me arruinaron la parte de mi vida que todavía no la estaba.

Ahora, a la espera de un regreso, más que vivir, habito en Ottawa como en una pensión. Mientras tanto, compulsivamente, sigo buscando el sustituto de la ciudad que perdí. A veces pienso que una vez obtenido el pan, el ser humano sólo vive de ilusiones. Y a falta de una ciudad real, sólida, de un Buenos Aires con un Obelisco absurdo, busco ciudades ilusorias, quizás reales, pero imposibles.

Pienso —sería más exacto decir que fantaseo—, en ciudades desaparecidas. Pienso, por ejemplo, en la Atenas de hace 2.500 años, una ciudad que fue una nación. Su ágora fue el equivalente a un bar de Buenos Aires. Allí se charlaba con filósofos y artistas, y a falta de drogas y televisión, se desarrollaba la mente. Ciudad que inventó la democracia y a través de los romanos y los árabes, nos legó toda una cultura. Atenas nunca patentó la democracia ni su cultura. A la primera, los políticos la deforman y manipulan como quieren y la segunda se va diluyendo lentamente.

¿Qué de Jerusalén, la ciudad que nos dio al hijo de Dios y quien nos trató de redimir muriendo por nosotros? El resultado es tan triste como el de la democracia y la cultura de Atenas. Y yo, ¿qué haría en Jerusalén? ¿Podría escribir? Temo que allí ya los profetas habían escrito el único libro que cambiaría el mundo. Imposible competir, y menos publicar. La envidia y los lamentos me



Obelisco, Buenos Aires, Argentina. Fotografía colección Mapalé

harían partir la cabeza en un muro.

Pero, ¿no me lamento ahora, aquí, en Ottawa, frente a una ventana observando cómo cae la nieve? Me preparo un mate sin tortitas fritas y en el *living*, tomándolo, hojeo un libro de historia ilustrado para descubrir que la mayoría de las ciudades más bellas del pasado están destruidas y apreciamos su belleza por sus ruinas. Aquí está Roma, más famosa por las ruinas del Coliseo que por todos sus edificios modernos. Claro que vivir en la antigua Roma con un buen puesto de senador con

tiempo de sobra para escribir, no hubiera estado mal. En Roma, si bien saqueada a los griegos, no faltaba la cultura. Hasta sus dioses y diosas con sus categoría e historias eran helenos. Pero como hacen los políticos de ahora para que parezca que todo cambia pero todo siga igual, los rebautizaron. Ah, pero Roma, el Imperio Romano fue admirable, no por nada los llamaron los norteamericanos de la antigüedad. No sólo se copiaron a los dioses, sino que conquistaron y saquearon el mundo antiguo. Dominaron todo el Mediterráneo, los territorios del Este más allá del Danubio; hacia el norte, la Galia y parte de Inglaterra. Muchos argumentan que si bien eran codiciosos, llevaban y difundían cultura y arte. Por doquier, en las excavaciones, se siguen encontrando circos, teatros y esculturas.

Temo que estas acusaciones las motiva la envidia: los norteamericanos no sólo conquistan y saquean sino también llevan cultura TM. Con qué emoción, alrededor del mundo, más extendidos que los circos romanos, chicos y grandes ven alzarse la M que indican la existencia de los McDonald's. Y delante o a un costado, nunca, pero nunca falta una escultura del simpatísimo payaso Ronald. En ellos, comiendo una de-

liciosa hamburguesa acompañada de una Coca, uno se siente como en su casa, en una ciudad, aunque esté en medio del desierto.

Paso las hojas y veo ciudades en las que se alzan edificios de vidrio, verdaderos rascacielos, algunos dorados, el color del poder y la ostentación, otros, verdes, el color de la envidia y de la esperanza. Difieren de tamaño y de forma. Sin embargo, tienen un alma común: frente a cualquiera de ellos uno no sabe si está en Toronto, Texas, Dallas, Edmonton u Ottawa.

En realidad estas ciudades no existen. Sólo funcionan de 9 AM a 5 PM, hora ésta en que la gente laboriosa sale disparada y las deja vacías para no asustar a los fantasmas. Son ciudades muertas, sin centro. Es el triunfo de Le Corbusier, un arquitecto innovador que apostó por las ciudades satélites: una ciudad vacía no permite la manifestación, ni la unión, ni el cambio y menos la revolución.

Así, comparado con Venecia, a donde me lleva la ilusión, Ottawa es una ciudad modelo de la fealdad. Los arquitectos del mundo entero vienen a verla para estudiar "Cómo no debe hacerse una ciudad". Pero, ¿no me estaré quejando? ¿Y de qué me quejo? ¿De mi juventud perdida o de pérdida de la ciudad, Buenos Aires en este caso?

Cuando allá lejos y hace tiempo, en la década del sesenta del siglo pasado, caminaba, daba vueltas y me metía en todos los rincones de Buenos Aires (la Recoleta, la Boca, el Doc), sólo o con amigos, lo hacía por una de las pocas ciudades del mundo que estaban despiertas las 24 horas. En verano, por la calle Corrientes, con librerías abiertas hasta las dos de la mañana y con bares en que a las tres nos pedían que saliéramos hasta que lavaran el piso. Sí, la ciudad era mi casa grande, o tal sería mejor decir "la nuestra", ya que, a cualquier hora, en el bar La Paz, para mencionar uno, como en una especie de *perpétuum mobile*, como en una casa de gran familia, siempre encontraba a alguien dispuesto a escuchar mis penas, dolores o rabias, o él o ella esperaba a alguien para hablar de los suyos.

Buenos Aires siempre fue una ciudad ruidosa. El bar también era una protección contra ese

ruido. Además de permitir una conversación sin necesidad de gritar, permitía la concentración de una buena lectura o garabatear un poema y hasta escribir una novela.

Lo esencial de una ciudad: que sea vivible y Buenos Aires lo era.

Desde que me vi arrojado de Buenos Aires, he vuelto muchas veces. Paseo y veo infinitas M con su escultura de Ronald. Entro en el bar, el mismo, y me siento en sillas forradas de plástico. Los busco pero no veo a ningún amigo. Sólo sus sombras. Ellos, también desparramados por el mundo, vendrán cuando yo no estoy. Dos televisores encendidos con sus voces deformadas. Y el ruido de la música. Es como si me hubiera llevado sobre mi espalda todos los bares insostenibles del Norte. Ya no se puede pensar, darse un baño de tranquilidad para el alma.

Me escapo para encontrar otro, más tranquilo. Y me tengo que escapar de nuevo. Hay más bares, pero ya Buenos Aires no es la ciudad que está abierta las 24 horas.

¿Tengo derecho a concluir que ahora son las ciudades que arruinan nuestra vida? ¿O serán la moda, el *marketing* y los banqueros?

Sea como fuere, yo me quedé afuera y debo vivir en una pensión hasta que tenga mi casita definitiva.



La Boca, Buenos Aires, Argentina.
Fotografía colección Mapalé

Pablo Urbanyi escritor y periodista nacido en Hungría, vivió en Argentina desde los 7 años. Fue redactor en el suplemento cultural del diario La Opinión hasta 1977 cuando los acontecimientos políticos lo obligaron a emigrar a Canadá. Dentro de sus publicaciones están, la novela En ninguna parte (1981), publicada en inglés como The Nowhere Idea (1982), y en francés como L'idée fixe (1988). Otras de sus obras son: De todo un poco, de nada mucho, (1988); A hagyaték (El legado), Nacer de nuevo y Un revólver para Mack (1992), Silver (1994), Puesta de sol (1997), La vérité de Pinocchio (2004), 2058, en la Corte de Eutopía (1999), Una epopeya de nuestros tiempos (2004), El zoológico de Dios (2006), Silver (2008), El número 125 (2008), Puesta de sol (2009), Un revólver para Mack (2010), El zoológico de Dios II (2010), Cuentos desagradables (2013) y La palabra (2013).

Muchos de sus libros han sido traducidos al inglés, francés y húngaro. Ha recibido diversos premios y menciones literarias. Ha dado conferencias en Hungría, Estados Unidos, España, Argentina, Canadá y Alemania.